

## Carta al editor

# Los instrumentos

Leonardo Zamudio<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Cirujano Ortopedista.

Desde que decidieron, no sabemos si vender o remodelar el hospital, aquí nos tienen empaquetados y sin prestar ningún servicio.

Durante tantos años fuimos útiles y por qué no decirlo sufrimos y gozamos con los devenires de los enfermos, de las enfermeras y de los médicos.

En aquel paquete, muy bien envueltos, se encontraban instrumentos del quirófano y una pinza de disección le dice a otros: ese doctorcito que vino últimamente como me apretaba, yo creo que, de hecho, no sabía cómo utilizarme y aquel otro que fue a Argentina regresó diciendo a la instrumentista: déme una pinza de mano izquierda. Por cierto este último le echaba los canes a Leonor que es bien motivosa.

El bisturí dijo: yo en unas manos me sentía seguro y gozaba que algunos cirujanos me utilizaran, pero en otras sí me asustaba, sentía que algunos no tenían conocimiento exacto de la anatomía y me acercaban exageradamente a algún vaso o nervio. Otros eran tan bruscos que seguido rompían la hoja que tenía. En fin, pasé mis apuros.

Un separador replicó: pocos sabían jalar bien y con discreción, sólo lo necesario, máxime que generalmente ponían a que me sostuviera algún novato. Yo creo que muchas veces la cirugía debe ser cosa de dos cirujanos experimentados ayudándose.

Un impactador dijo: Cállate a mí me dieron cada trancazo. Meter o sacar puede llegar a ser muy difícil y tardar a veces más de una hora.

La lima de hueso se quejó: A mí ya muchos no me usaban máxime que han disminuido las amputaciones.

La tijera de disección dijo: Yo siempre fui útil y a veces me acercaron mucho al peligro pero siempre salí bien. La de suturas mencionó: a mí tenían que usarme y confieso que a veces el equipo de enfermeras me descuidaba y por otro lado el cirujano me confiaba al menos importante.

Una pinza hemostática se quejó: Ese cirujano medio pa-yaso un día que entró en problemas, en lugar de resolverlos, me aventó al suelo y llevé un golpazo.

Una cubeta que estaba por ahí comentó: Sobre mí echaban las compresas y otras cosas ya usadas pero me acuerdo de un caso en que aventaron una compresa toda empapada de sangre que solucionó el caso: Un cirujano medio inexperto estaba sufriendo con una hemorragia en capa y ponía pinzas aquí y allá sin controlar la sangre. Se desesperó y mandó llamar a un colega de mayor edad y experiencia. Éste llegó, miró y dijo:

Denme una compresa, empacó, esperó, aún charló con los ayudantes y después de un rato retiró la compresa y la hemorragia estaba controlada. Dijo al joven cirujano: Ya puedes seguir.

Todos dejamos de sufrir en la sala. Aun la mesa que tenía muchos años en aquel quirófano se alegró. Cuántas cosas no vería en esos años: Ahora todos estamos arrumbados.

El martillo dijo: Yo ayudé a resolver casos pero: que golpazos me dieron y hasta me abollaron.

El electrocoagulador proclamó: Yo ayudé en lo posible pero feo que a veces abusaron usándome y después tuvieron problemas de cicatrización.

Las valvas suspiraron y dijeron: ¡Cuántas barrigas abiertas vimos y creemos que muchas sin necesidad de que las expusieran!

Un separador de Finochietto exclamó: Gracias a mí pudieron llegar fácilmente al corazón.

En un estuche estaba un artroscopio que se quejó: Ese par de cirujanos no sabían que hacían conmigo pero eso sí cómo cobraban por mi uso. Aquel otro sí sabía lo que estaba haciendo y me trataba muy bien.

Los separadores de Meyerding exclamaron: siempre fuimos útiles y procuramos dar una buena visión la que es indispensable para operar bien.

Las agujas de un paquete exclamaron: A éstas por grandes les decían «muerteras» pues así son las que usan para coser cadáveres.

Hoy aquí todos abandonados y empaquetados podemos aseverar que aquel ilustre cirujano que exclamó: La cirugía no está constituida por una serie de técnicas, es un espíritu; tenía razón. Todos nosotros damos fe de ello.

## Carta al editor

### Estimado Doctor Quijano:

Por este medio me permito enviarle un comentario acerca de la interesante monografía: *Ética médica y competencias profesionales en la formación del médico, de los doctores Mario Souza y Domingo Cruz*, publicada en el volumen 51, número 3, 2008, de la revista a su digno cargo y quienes señalan en la página 113 que «*La ética médica inició en la Mesopotamia del S. XVIII a.C. con el Código del rey Hammurabi,...*». Esta afirmación es inexacta, en virtud de que el contenido del mencionado documento no es de carácter ético, sino jurídico. Aunque los autores no citan la fuente de donde tomaron la información, algunos textos que tratan sobre el tema, aún participan de esa equivocación. Este código contiene más de 250 normas, algunas de las cuales se refieren a los honorarios de los médicos y otras a las sanciones a que están sujetos, en caso decurrir en prácticas iatrogénicas. Al respecto se citan dos ejemplos: «*Si un médico*

*compone un hueso roto a un hombre o le cura un tendón enfermo, el paciente pagará al médico cinco ciclos de plata*». «*Si un médico hace incisión profunda en un hombre, con bisturí de bronce, y le provoca la muerte, o si le abre la sien a un hombre con bisturí de bronce y deja tuerto al hombre, que le corten la mano*». Hay que hacer énfasis en que existen códigos jurídicos, como el de Hammurabi, que a diferencia de los éticos, establecen penalizaciones a quienes incurren en alguna falta o disposición. Por otro lado, hago un reconocimiento a los autores por orientar su interés hacia la reflexión sobre la moral médica, tan necesaria en nuestra sociedad plural que día a día reclama el respeto a los derechos de los pacientes y el ejercicio de la responsabilidad profesional.

Agradeciendo su fina atención y enviándole un cordial saludo, quedo de usted.

Joaquín Ocampo Martínez